



TOÑO ARMAS ACUÑA

UN ENCUENTRO CON JULIANITA

Juliana Suárez Vega. Hoya de Pineda, 18 de junio de 1987



UN ENCUENTRO CON JULIANITA

HOYA DE PINEDA, 18 DE JUNIO DE 1987

De regreso del Puerto de Agaete, Paqui y yo nos pasamos por casa de doña Julianita, en Hoya de Pineda.

Unas cuantas casas conformaban el lugar. Callejones, casi vacíos, que subían y bajaban. Una música cercana anunciaba que el pueblo estaba en fiesta.

Se veían muchos orificios perpetrados en la montaña, probablemente utilizados como hábitat de animales, y hace más tiempo, es probable que personas vivieran en sus adentros.

Un anciano nos dijo donde quedaba la casa de Julianita. Tocamos en la puerta y una mujer, de avanzada edad, alegando salió por allí pa' fuera. Hablamos del lugar, de los tiempos de antes, de cuando su marido le echaba una mano en los quehaceres, de cuando ella traía el barro en una cesta, a la cabeza, de...

Nos explica entonces que, ya hoy, le traen el barro, se lo amasa normalmente una sobrina (ella colabora escasamente) y paga a un sobrino para que le guise las piezas.

Así nos cuenta sobre el proceso: “Esas piedras de barro se machacan para quitarle las piedras ¡Qué tienen bastantes! Luego la coloco (la tierra) en ese barreño —y me señala— con agua para que se remoje bien. Ahí la tengo un tiempo. Por ejemplo, la puse hoy jueves, y trabajaré con ella el lunes. Una vez que el barro está a remojo, se mezcla con arena”.

Cierne la arena blanca, más bien terrosa, con una lata de aceite de metal, que preparó con agujeros para tal fin.

Y sigue contándonos: “El amasado se realiza con los pies. Se pone la arena en el suelo y luego encima el barro, y se le da un buen rato. Después se soba con las manos, hasta que queda listo para trabajar la pieza. Antiguamente utilizaba el goro para remojar el barro, pero hoy, para mí sola, tengo con un barreño”.

Cada jueves lo llena y lo tiene en remojo hasta el domingo. Este día prepara el barro y el lunes ya empieza a levantar las piezas.

Para el levantado de la vasija se coloca en posición de sentada en el suelo, piernas abiertas y la loza en medio. Ahí realiza la mayor parte del trabajo. Para estirar la pieza, la pone sobre un cajón y este trabajo lo hace de pie. También, en esta posición, hace el levantado de piezas grandes.

Así lo cuenta: “Se levanta la pieza a partir de la base y se va poniendo bollos (otra gente los llama churros —nos dice). Ya en este levantado se va tratando de hacer la forma de la pieza. Más tarde, con la mano se va estirando el barro. ¡A veces lo estiro tanto que en vez de desbasta le tengo que poner barro! A veces se le quita muy poco. Luego viene el alisado con agua”.

“... Cuando pasa un tiempo, con la pieza aún algo blanda, se le da el baño de almagre. A los bernegales se le pone solo por el exterior; a los platos, por el interior; a los jarros, por el exterior y otras piezas no tienen almagre. El almagre que se aplica, está mezclado con aceite, petróleo y agua, y se echa en la loza algo líquido. Al ratito, cuando empieza a secarse, se le da callao solo”. El almagre lo prepara en el molino de mano.

Al final se bruñen las rayas verticales o inclinadas de las panzas de los bernegales.

Y sigue explicando: “Las piezas las hago en tres o cuatro días. El lunes las levanto y el miércoles o jueves, ya están terminadas. De viernes a domingo no trabajo. Me voy a Galdar, a casa de una hija, el viernes por la mañana y regreso el domingo por la mañana. Normalmente me levanto temprano y estoy trabajando hasta las tres o las cuatro de la tarde”.

Me cuenta, que no le duele la espalda de trabajar, que tiene artrosis en las piernas y que los años de penuria y sufrimiento no han pasado en balde. Sus hijas han aprendido el oficio y cada una trabaja en su casa. Un poco más abajo de donde ella vive, están viviendo dos de sus hijas.

Luego me habla de la leña y del guisado de las piezas: “De todo sirve; lo mejor es la altavaca seca. También echamos hojas de pitera y los pitones ¡las gamonanas son buenísimas y dejan la loza betiada! También cañas, tablas, palos...”

Para el guisado se ponen las piezas al sol y luego el proceso seguido es igual que Pancho, en La Atalaya.

El oficio le viene de sus antepasados. Su abuela murió a los 106 años, y casi hasta el final estuvo trabajando la loza.

Me sigue contando: “Antes salían las loceras a vender las piezas y ahora vienen muchos a buscarlas aquí. ¡Incluso, todos los años, para otras islas, se llevan bastantes!”. “... antes de la guerra, más de 100 familias se dedicaban a la loza. Poco a poco —en los años de miseria— lo fueron dejando muchos, bien porque se iba a trabajar a los tomateros o plataneros o porque se iban muriendo”.

“... las piezas las dejo secándose lentamente en una cueva. ¡En invierno, el tiempo nos ayuda! (se refiere a que las piezas se secan más lentamente)”

“... muchas personas han pasado por aquí a aprender”. “... siempre hago las mismas piezas. Hago otras si alguien me las encarga”.

Ya saliendo del pueblo recogimos a un chico, haciendo auto stop, que vivía allí y nos contó que su abuela, que ahora tenía 90 años, trabajó el barro (Juana Moreno Silva). Y nos dice también que un hombre que se llama Nicolás, aún sigue trabajando.

En este tiempo que compartimos con Doña Julianita, aparte de contarnos sobre el trabajo del barro nos mostró los rincones donde se desarrollaba la tarea... y con mucha paciencia fue trabajando sobre dos piezas, para que observáramos como realizaba el trabajo.

De su hacer con el barro, de los espacios donde transcurría su vida, de los alrededores de su casa e incluso de alguna estampa del pueblo, dejó constancia a través de mi máquina fotográfica. Serán 95 diapositivas, que en el momento en que transcribo esta vivencia, ya se han digitalizado en la FEDAC.

Toño Armas
Lanzarote











































































